

La construcción de la memoria dominante durante la dictadura

José Reig Cruaños

José Reig Cruaños es doctor en Historia por la Universidad de Alicante con una tesis sobre Opinión pública y comunicación política en la transición democrática. Profesor de Documentación Periodística, Periodismo Social y Periodismo Cultural en la Universidad CEU Cardenal Herrera, ha publicado, entre otros títulos, *Identificación y alienación. La cultura política en el tardo franquismo* (PUV, 2007).

LA POLÍTICA DE LA MEMORIA EN EL FRANQUISMO Y LA CULTURA POLÍTICA

A diferencia de la democracia actual, el franquismo sí tuvo una concreta política de memoria, encaminada tanto a cultivar la identidad de los suyos como a desarticular la de sus oponentes y perdedores de la guerra civil. Esa política activa de memoria alimentó, de modos no siempre previstos por sus impulsores, un complejo de actitudes que impregnaron tanto al franquismo sociológico, la cultura política que daba sustento al régimen, como a la cultura democrática que, pese al exterminio y la represión, logró reproducirse y crecer en los intersticios del sistema.

Las culturas políticas¹ que convivieron/compitieron bajo el franquismo pueden examinarse desde una perspectiva empírica, para medir su extensión y localización en el tejido social, o desde una perspectiva discursiva, que trataría de descubrir la estructura interna y la organización temática, como si de un discurso político se tratase.² Cuando se hace así, es posible distinguir los alineamientos que separan a las culturas políticas en liza³ y sus correspondientes relaciones con acontecimientos, instituciones, clases y movimientos sociales o, lo que viene a ser equivalente, de qué modo una cultura política conlleva la adhesión de una parte significativa de la sociedad y asegura el funcionamiento de sus instituciones.

En este sentido, nos parece que la «memoria de la guerra» es uno de los pilares de la cultura política del franquismo y constituye junto a ejes como el «desarrollismo» (desde los sesenta), el «autoritarismo» (o la personalidad autoritaria) y la identificación con el «caudillo», otros tantos argumentos de legitimación que el poder cultiva en su empeño de perpetuarse.⁴ El eje central, no cabe duda, fue el caudillaje, tal como señalaba López Pintor: «la cultura política de los grupos dominantes bajo el franquismo, una vez pasada la crisis de la posguerra, tenía muy poco que ofrecer como vínculo de relación activa entre gobernantes y gobernados, aparte de la figura misma del dictador y lo que simbólicamente representaba como posibilidad de aunar voluntades en torno al Gobierno»,⁵ pero el cultivo minucioso de una determinada memoria de la guerra fue seguramente el otro elemento determinante en la conformación de actitudes duraderas en el imaginario común.

Una memoria que no se limita al conflicto bélico y a los en torno a 600.000 muertos que produjo, de los que cada familia contaba con alguno, sino que se extiende a la posguerra y sus terribles condiciones: 150.000 muertos por la represión, 465.000 exiliados, 400.000 detenidos en campos de concentración, 280.000 presos en 1940, la depuración laboral, la delación y el miedo omnipresentes, que sumió a la población en un silencio espeso, empujó a muchos a la reclusión en la privacidad y a la humillante ocultación de su pensamiento e identidad.

1. Utilizamos aquí el concepto de *cultura política* acuñado por Almond y Verba en los años 60 y que puede definirse como el complejo de saberes, creencias y actitudes que los ciudadanos interiorizan acerca del sistema político, que se actualiza y evoluciona en interacción con él. G.A. Almond, y S. Verba, *La cultura cívica. Estudio sobre la participación política democrática en cinco naciones*, Madrid, Euramérica, 1970.

2. Ya decía Castilla del Pino que en el franquismo la forma del discurso es la «vacuidad». De aquí que sus discursos no se leyeran ni se oyeran, ni siquiera por sus propios partidarios «sabedores de siempre, más que nadie, de lo que había de decirse una y otra vez por sus dirigentes». C. Castilla del Pino, «El lector de *Triunfo*» en A. Alted y P. Aubert (eds), *Triunfo en su época*, Madrid, Casa de Velázquez-Ediciones Pléyades, 1995, pág. 92.

3. El franquismo no logró unificar a toda la población bajo una única cultura política, sino que mediante una represión sostenida y sistemática intentó siempre ocultar el hecho de que otra cultura política, ligada a la protesta social e intelectual, se abría paso en sectores crecientes de la población. Esta escisión fundamental atraviesa todos los niveles de la llamada esfera pública, desde su base cultural hasta su reflejo en la(s) opinión(es) pública(s), pasando por la propia comunicación política y condicionando tanto el desarrollo institucional del régimen como la forma en que finalmente fue transformado y superado. Es reconocible tam-

bién la influencia de aquella división de las culturas políticas en las dificultades que la construcción de una nueva cultura democrática ha encontrado en nuestro país. Los lastres en forma de despolitización, familismo y cinismo cívico, serían junto a la débil desvinculación simbólica de la derecha respecto al pasado autoritario indicios de dicha influencia. Vid. J. Reig Cruaños, *Identificación y alienación, la cultura política en el tardofranquismo*, Valencia, PUV, 2007.

4. Para un análisis de la organización temática de ambas culturas políticas vid. J. Reig Cruaños, *Identificación y alienación... op. cit.*

5. R. López Pintor, *La opinión pública española del franquismo a la democracia*, Madrid, CIS, 1982, pág. 78.

6. «No sacrificaron nuestros muertos sus preciosas vidas para que nosotros podamos descansar», declaraba en la inauguración del Valle de los Caídos en abril de 1959. Franco quiso que allí se enterrara a combatientes de ambos bandos, con la única condición de ser españoles y católicos, pero el trato recibido por unos y otros fue completamente distinto: los nacionales en su mayoría llegaron identificados y con consentimiento de sus familiares. Dos condiciones que faltaron completamente en el caso de los cerca de 30.000 republicanos.

7. Es curioso el tratamiento de la guerra por un medio tan potente hasta los años sesenta como el No-Do. La guerra apenas aparece un par de veces de pasada, ya que la misión de este informativo cinematográfico era más bien infundir optimismo sobre los logros del régimen y no recordar su violento origen. Pero lo que no deja nunca de reflejarse con entusiasmo es la celebración del Día de la Victoria, ni tampoco, machaconamente, las celebraciones del aniversario de la «liberación» en muchas ciudades. También aparece el recuerdo de la guerra de modo elíptico en las informaciones sobre reconstrucción de los estragos producidos en la contienda. S. Rodríguez, *No-Do, catecismo social de una época*, Madrid, editorial Complutense, 1999, págs. 161-171. Por lo que hace al cine, el otro poderoso instrumento de socialización de la época, muestra un tratamiento parecido: tras el primer «cine de cruzada», cuyo mayor exponente es *Raza* (Sáenz de Heredia, 1941), el cine bélico tendrá una existencia efímera. Cuando el curso de la segunda guerra mundial apunta a la derrota de los fascismos, nuestra guerra civil desaparece de las pantallas, aunque los mismos temas, siempre orientados a en-

La memoria de la guerra era todo eso y de ahí su enorme poder para condicionar la vida civil. El recordatorio constante de aquel horror, el minucioso «cultivo de la memoria» por el franquismo tenía, sin embargo, su reverso: el «memoricidio» de los vencidos. Éstos debían recordar el miedo, pero era mejor que olvidaran su identidad, sus ideas y sus lealtades, por mera supervivencia. El instrumento de ese recuerdo y de ese olvido no es otro que la represión abrumadora y sostenida. Una represión que tiene, como todas, una función disuasoria, pero también otra «performativa», destinada a modificar actitudes, fomentar arrepentimientos, desear seguridades y, sobre todo, a fomentar el desistimiento y el apoliticismo. Un complejo actitudinal que se inscribirá indeleblemente en el imaginario de eso que se ha dado en llamar la mayoría silenciosa y pervive aún hoy entre nosotros.

MEMORIA DE LA GUERRA

No es éste el lugar para reproducir, siquiera de modo impresionista, el viejo debate sobre la naturaleza política del franquismo, pero sí es preciso recordar la completa centralidad que la violencia tiene en él, en su fundación, mediante aquello que Paul Preston llama la «inversión de terror» y en su interminable recorrido histórico. Y también, por ende, en la cultura política que alumbró y le sirvió de sustento y que aquí llamaremos «franquismo sociológico». Pero también, y esto suele olvidarse, atravesó y contaminó, a su modo, a la cultura política que se le opuso y finalmente triunfó en forma de democracia. No porque ésta concediera ninguna relevancia simbólica o práctica a la violencia, sino porque estaba también afectada por el «recuerdo» de aquella violencia y el temor a su repetición.

El régimen surgido de la guerra civil fue siempre expresamente el régimen de los vencedores y nunca intentó, antes al contrario, apearse de semejante carácter. Al franquismo no se le ha conocido ni un asomo de transversalidad en este asunto. Lo más cercano a un intento de incluir a los vencidos se produjo en el Valle de los Caídos,⁶ y todos sabemos la barbarie de venganza y humillación que fue aquello. Ante cada crisis, ante cada crítica, el régimen apelaba a su origen y actualizaba tanto el horror de la guerra como el de la victoria, lo que permitía renovar las fidelidades y advertir a las posibles disidencias contra cualquier esperanza de perdón. Esta legitimidad de origen fue durante años el principal activo con que las diversas elites contaban frente a la cambiante realidad de la vida. Tocar el pasado significaba empezar de nuevo. El régimen debió percatarse de que éste era su mayor valor y se dedicó a no permitir que se borrara el recuerdo de la guerra y —por descontado— a cargar el peso de la culpa en el bando vencido.

La constante apelación a la «victoria», que es victoria en una cruel guerra fratricida, se hizo omnipresente mediante símbolos y monumentos, rituales y celebraciones que recorren el espacio público. Mediante la machacona simplificación del relato histórico en los manuales escolares y en los mensajes de la comunicación que el régimen controlaba y conformaba,⁷ mediante la creación de espacios de la memoria que muestran y ocultan. También, por supuesto, mediante la persecución de cualquier cuestionamiento discursivo o práctico de la única verdad. Combinada con una cultura de masas deliberadamente orientada a la despolitización y desmovilización, el recuerdo vivo de la guerra constituye el núcleo de toda una política de la memoria. Esa constante apelación a la vic-

lazar la legitimidad de origen del régimen con el pasado imperial, son transferidos a ambientaciones historicistas menos comprometidas. En los cincuenta, coincidiendo con el interés en una nueva legitimidad de ejercicio, «la guerra volverá a las pantallas mostrando una fuerte –y fraudulenta– voluntad reconciliadora y pacificadora». J. Nieto, *La memoria cinematográfica de la Guerra Civil española (1939-1982)*, Valencia, PUV, 2008, pág. 44.

toria funcionó como un «mecanismo disparador» de recuerdos traumáticos, muchos de ellos personales y directos, que se refieren a la propia guerra, a las miserias de la posguerra y a la abrumadora represión que la siguió. Este mecanismo se activaba a voluntad por el poder con propósitos de legitimación.

El efecto fue duradero. De hecho, puede decirse que, en cierto grado, la «memoria de la guerra» la han tenido en España, de un modo difuso pero efectivo, incluso las generaciones que no la vivieron, y para todos pesaba como una losa a la hora en que el régimen hizo crisis. Los efectos sobre la percepción de la política y la historia que este empeño tuvo en el ciudadano medio no pueden dejar de ser considerados.

ESTABILIDAD Y CAMBIO DE VALORES

López Pina y Aranguren se propusieron precisamente «constatar el éxito o fracaso de la propaganda oficial en la persuasión respecto de los valores a los que los españoles deben otorgar carácter prioritario»⁸. En la encuesta previa al Referéndum de 1966, que debía aprobar la *Ley Orgánica del Estado*, culminación de la llamada «institucionalización del Régimen», se preguntó por las preferencias acerca de una serie de valores como tradición, justicia, libertad, etc. En aquella ocasión el 57% (48% de varones, 67% de mujeres) propiciaba como valor prioritario la paz, muy por delante de cualquier otro. Valores como la libertad o la democracia aparecían en un lejano 3 por 100. Sólo la justicia, con 14,5% de media (20% varones, 9% mujeres), se aproximaba a la consideración de la paz⁹.

Esto habla claramente de dos cosas: por un lado refleja la eficacia de la campaña propagandística para el Referéndum, que había insistido, como una prolongación de la famosa campaña de los «25 años de paz», en este valor como reclamo del obligado voto afirmativo. Por otro lado, como corresponde a la centralidad de la violencia en el franquismo, la centralidad del miedo y el recuerdo de la guerra, que han sido inscritos indeleblemente en el centro del imaginario común de los españoles. Y no de un modo espontáneo, sino inducido por el régimen como una fuente permanente de legitimidad.

Tal parece que el recuerdo de la guerra es algo más que la actualización del sufrimiento o una simple amenaza, es todo un eje organizador de varias ideas fuerza, que dan coherencia al discurso del régimen: la culpa de aquel sufrimiento inefable fue retrospectivamente transferida, por los causantes del mismo, al régimen de libertades anterior y, por esa vía, llegaría a señalarse como criminal cualquier intento de devolver las libertades a un pueblo que, en cuanto las alcanzara, se lanzaría de nuevo a la lucha fratricida. Aquí pivota la «idiosincrática» idea de la ingobernabilidad de los españoles, tan cara al pensamiento conservador y la justificación de la guerra como salvación in extremis del desastre. Desastre que no es otro que la desnaturalización del ser católico de España. Tal como lo señalaron en su día López Pina y Aranguren, parece claro que

la clase política obtenía fácilmente una legitimación a bajo precio de la apelación a la Guerra Civil y estaba en su interés recordar una y otra vez que ésta continuaba. Debido a una estricta economía de la legitimación, la cultura política de la España de Franco ha sido acuñada por el espíritu de Guerra Civil, forzándose en el molde de identificación o alienación¹⁰.

Pero en el año 1970, al examinar Amando de Miguel, en su famoso *Informe Foessa*,¹¹ la apreciación de los mismos valores bajo la óptica de los grupos profesionales, descubriría que algo debía haber cambiado en la sociedad española. Un retroceso relativo en la

8. A. López Pina y E. Aranguren, *La cultura política...*, op. cit., pág. 123.

9. La encuesta aludida es la que bajo el título de *Opinión pública y política en la España actual* realizó Antonio López Pina para el Instituto de la Opinión Pública. Estudio n.º 1030 del CIS. Se realizó en diciembre de 1966 sobre una muestra nacional de 2.544 entrevistas y un informe sobre la misma fue publicada en *REOP*, n.º 9, Jul-Sep. de 1967. Los resultados de aquella encuesta en cuanto a los valores preferidos fueron:

Preferencia de valores, 1966 (%)	Varones	Mujeres
Tradicción	5	4
Orden	9	9
Estabilidad	3	1
Paz	48	67
Desarrollo	5	2
Justicia	20	9
Libertad	4	2
Democracia	4	2
No contestan	2	4
Total 100%	1.119	1.345

Fuente: CIS, Est. 1030.

10. A. López Pina y E. Aranguren, *La cultura política...*, op. cit., pág. 138.

11. FOESSA, «Vida política y asociativa...», op. cit., pág. 280.

apreciación del valor paz, hasta colocarse por detrás de la justicia, podía estar indicando un alejamiento psicológico de los fundamentos bélicos del régimen, en consonancia con el período de crecimiento económico y consumo que alcanzaba su máximo por estos años. Esto resulta coherente, también, con el cambio de acento en el discurso de la legitimación desarrollado por las instituciones culturales, informativas y propagandísticas del régimen durante los años sesenta.

TABLA 1. PREFERENCIA HACIA CIERTOS VALORES 1970 (%)

	Estudiantes bachillerato	Estudiantes Universit.	Abogados	Médicos	Empleados	Obreros	Amas de casa
Tradición	1	-	1	-	2	3	3
Orden	1	2	7	3	5	6	8
Estabilidad	4	2	7	1	3	1	2
Paz	19	4	11	7	17	32	62
Desarrollo	24	13	17	13	16	11	6
Justicia	30	54	63	46	39	33	15
Libertad	12	14	4	5	11	10	3
Democracia	9	10	7	7	9	4	1

Fuente: FOESSA. *Informe...1970*, pág. 280.

Pero a la primera conclusión sobre el cambio de prioridades se imponía, además, la evidencia de que dichas prioridades estaban lejos de tener una distribución uniforme entre la población: el valor de la paz «ha sido interiorizado por las amas de casa y hasta cierto punto por los obreros pero es muy minoritario en los otros grupos e incluso tiene un valor ínfimo entre los universitarios».¹²

12. *Ibid.*, pág. 280.

MEMORIA Y CULTURAS POLÍTICAS

Esto que venimos denominando *memoria de la guerra*, y que se compone tanto del recuerdo –vivido personalmente o inducido por el ambiente en aquellos que nacieron después– como del miedo a su repetición, forma parte del substrato cultural no sólo de lo que López Pina y Aranguren llaman la «cultura de identificación» sino también de la de «alienación» (o de oposición al franquismo). En efecto en ambos universos ideológicos la memoria juega un papel clave, pero un papel que es doble: en un sentido divergente y en otro claramente convergente.

En el primero, como divergencia, la memoria de la guerra actúa de modo muy distinto en uno y otro sector porque empuja a realizar lecturas distintas del mismo hecho histórico: la interpretación oficial de la guerra fue siempre la de un horror necesario para enderezar el rumbo de la patria. O bien se trataba de una guerra de liberación contra el invasor «rojo» o bien de una «cruzada» contra la anti-España, habiendo previamente definido el «ser» de España como esencialmente católico. En todo caso, una suerte de «catarsis violenta» que daba derecho a los vencedores a borrar la memoria de los vencidos. Por el contrario, la interpretación que acabaría cuajando en el seno de la cultura democrática, a través de un largo proceso de maduración de no menos de 15 años, que Santos Juliá ha explicado magníficamente en su *Historias de las dos Españas*, es la de una guerra fratricida completamente inútil, que debe ser cancelada devolviendo las libertades al pueblo.

Pero en el segundo sentido, es decir, el de la convergencia, el papel que el recuerdo de la guerra produce en ambos universos culturales viene a ser de un tipo muy similar y empuja en la misma dirección: la de cubrir el pasado con un manto de silencio. Esto es lo que acabaría ocurriendo en la transición. «El franquismo inculcó un miedo feroz, obsesivo y omnipresente a la repetición de la Guerra Civil, justificando la pervivencia del régimen aludiendo a los supuestos peligros que una democracia liberal podía tener para España, parapetándose así tras un recuerdo traumático sobre el que ya existía el consenso del “nunca más”». ¹³ Es bien cierto que el régimen quiso siempre evitar el olvido, porque ello le favorecía, pero la misma machacona insistencia en la legitimidad de su victoria y la evidencia de su permanencia, acaban propiciando la aceptación resignada de su irreversibilidad. De tal modo que lo que se percibe como irreversible no debe ser continuamente cuestionado ni tampoco afirmado. La obsesiva reivindicación de aquel derecho (de conquista) acaba apareciendo como una amenaza de repetición de las condiciones históricas que lo produjeron. La propia eficacia persuasiva de la permanente campaña de recuerdo de la guerra inducía a evitar la repetición de los pasos que podrían llevar a un nuevo enfrentamiento. Esos «pasos» podían ser la democracia y las libertades, como esperaba hacer creer el régimen; pero también el radicalismo y el espíritu de cruzada, como, a pesar de todo, podían creer los ciudadanos. Es así, paradójicamente, como el «recuerdo» podía actuar a favor del «olvido», incluso en el campo de la cultura de identificación con el régimen o franquismo sociológico. Los convencidos de la legitimidad y la bondad del régimen franquista llegarían en los sesenta a no desear recordar continuamente las circunstancias de su nacimiento y los que se oponían a él acabarían por aceptar que el resultado de la guerra civil era irreversible y debía ser olvidado si se deseaba ganar el futuro sin repetir la guerra. ¹⁴

EL FRANQUISMO CAMBIA (RELATIVAMENTE) DE DISCURSO

El recurso al recuerdo de la guerra como principal expediente legitimador del régimen funcionó sin enmienda durante toda la primera fase de la dictadura, la más totalitaria o miméticamente fascista, pero se prolongará más allá incluso del fin de la autarquía. En realidad, no se abandonará nunca hasta la reforma de Suárez. Pero desde mediados de los años sesenta será complementado y luego sobrepasado por un argumento de legitimación más acorde con los tiempos.

La entrada de capitales extranjeros, la apertura al mercado mundial, el empeño puesto en el desarrollo económico, el turismo, la urbanización galopante –en realidad, desbordada– y el descubrimiento de un nuevo consumo popular (el seiscientos, la TV, el turismo interior...), permitieron ensayar una nueva forma de legitimación basada en la eficacia, en la satisfacción de necesidades y en el propio funcionamiento del sistema económico. Una legitimidad de ejercicio que viene a conjugarse, de modo no siempre pacífico ni entendido por todos los sectores del régimen, con la legitimidad de origen. Ésta última, tras la inmensa carga de violencia represiva, cárcel y exilio que implicaba, debió empezar a percibirse como un fundamento menos seguro en el nuevo escenario internacional surgido tras la derrota del Eje. La percepción de que se precisaba un refuerzo de los fundamentos consensuales del régimen fue arraigando en los sectores menos recalcitrantes de la elite franquista durante los cincuenta. La aparición del argumento de la paz se produce en paralelo con el nuevo énfasis en el desarrollo, especialmente tras el Plan de

13. P. Aguilar, *Memoria y olvido de la guerra civil española*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, pág. 57.

14. Paloma Aguilar ha explicado en términos parecidos el itinerario de los relatos sobre la guerra durante el franquismo y su influencia posterior sobre la democracia. El franquismo habría manejado tres versiones de la guerra: la *heroica*, como necesaria catarsis para el renacimiento nacional, sostenida por una minoría ultra; la *trágica*, como inevitable tragedia fratricida, que es el relato que más caló en el imaginario, incluso de la izquierda y la *vergonzante*, que se refería a ella sólo elípticamente y fue la que triunfó durante una transición que pasó de puntillas sobre estos hechos. P. Aguilar, «La presencia de la guerra civil y el franquismo en la democracia española», *Pasajes de pensamiento contemporáneo*, n.º 11, primavera 2003, pág. 16.

Estabilización que pone fin a la autarquía, de modo que a principios de los sesenta ambas imágenes se han unido discursivamente para responder a las nuevas demandas de legitimación activa. Hasta entonces había imperado la convicción de que «la desaparición de Franco pudiera implicar un vuelco que diera el poder a la España derrotada»;¹⁵ pero después de los primeros años sesenta, el régimen creyó tener bien atado el futuro, gracias al nuevo consenso y hasta se atrevió a nombrar un sucesor. Tal como señala Paloma Aguilar, el régimen fue «descubriendo y explotando en el discurso oficial las muchas potencialidades de “la paz”, hasta que ésta acabó siendo el elemento que otorgó la mayor dosis de legitimidad al régimen político franquista».¹⁶ «El mayor período de paz de nuestra historia» se convirtió casi en un cliché omnipresente en cada apertura, inauguración o efeméride. La campaña de los «25 años de paz», que llenó los pueblos de España de retórica triunfal en 1964, puede verse como el punto de inflexión de este cambio en las prioridades socializadoras del régimen. Aquella campaña fue el mayor despliegue propagandístico del régimen: exposiciones de carteles, sellos, concursos de guiones, programas de radio y TV, publicaciones, folletos, actos públicos en cada localidad. Un esfuerzo sostenido en el tiempo para enlazar con la convocatoria y campaña propagandística del referéndum de 1966, que debía aprobar la *Ley Orgánica del Estado*, presentada a menudo como la «nueva constitución». Verdadera primera manifestación política del nuevo discurso legitimador. El eslogan dominante en dicha campaña, «Vota paz, vota progreso»,¹⁷ machaconamente repetido sin réplica posible, expresa el nuevo binomio al que se encomienda la solidez del régimen. «En los años siguientes, ambas legitimidades [de origen y de ejercicio] se irían alternando en el discurso oficial demostrando, una vez más, la desconcertante flexibilidad funcional del franquismo y su capacidad de adaptación a situaciones cambiantes».¹⁸

Pero el abandono completo de la legitimidad bélica sería esperado en vano. Los mentores del régimen sabían bien que ello haría peligrar el edificio entero del régimen, porque en cuanto se produjera quedaría «eliminada la gran diferencia española: los españoles serían entonces, o exigirían ser, como los europeos, los de las democracias occidentales».¹⁹ La falacia de la «idiosincrasia» española y su incompatibilidad con las libertades quedaría desmentida de un plumazo. Como para evitar excesos de optimismo, el nuevo eslogan contenía el antiguo núcleo de certezas franquistas: el famoso «Spain is different», que preside la apuesta turística y desarrollista, evoca también inequívocamente la excepción que no se quería preterir. En el nuevo discurso estaba inscrito el antiguo: la nueva insistencia en la paz, remitía por contraste al recuerdo, al mismo recuerdo que la apelación a la «victoria» había estado activando sin descanso. El nuevo mantra adormecedor, contenía en su interior el viejo mecanismo disparador del recuerdo. Parafraseando al Monterroso del cuento más corto, «cuando despertó, el “mecanismo disparador” seguía allí». La violencia originaria en franquismo había devenido estructural, por más que se disfrazara oportunamente, como se haría patente aún en los fusilamientos de 1975.

EL CAMPO DEMÓCRATA TAMBIÉN CAMBIA DE DISCURSO

La valoración de las libertades democráticas puede hacerse cuando se conoce o, al menos, se recuerda la vida bajo un sistema de libertades; pero el franquismo duró tanto que, al comenzar los setenta, la mayoría de la población ya no recordaba o no había vivido

15. I. Sotelo, «Las tres Españas» en B. Oltra, (dir.), *Dibujo de España*, Alicante: Juan Gil Albert, 1987, pág. 21.

16. Aguilar, *Memoria y olvido...*, op. cit., pág. 85

17. El cartel publicitario de aquel referéndum presentaba, junto a la consabida foto de Franco, el siguiente eslogan: «Garantía de la paz, garantía del futuro», en una completa síntesis de las prioridades legitimadoras del régimen en aquel momento: la paz y el futuro bajo el Caudillo.

18. Aguilar, *Memoria y olvido...*, op. cit., págs. 71-72.

19. S. Juliá, *Historias de las dos Españas...*, op. cit., pág. 457.

20. Fuente: INE, *Censo de 1970*.

la democracia.²⁰ En 1970, casi un 56% de la población tiene menos de 35 años y un 14% más tenía menos de 11 años al comenzar la guerra. Pese al retroceso del apoyo al valor «paz» entre las nuevas generaciones, seguía siendo éste y no la libertad el que ocupaba sus valoraciones preferentes. Si la difusión del valor «libertad» tuvo lugar, pese a todo, en las postrimerías del franquismo, debe haberse tratado de un redescubrimiento, más que una recuperación. En todo caso, la búsqueda de la libertad, que en los años setenta se ha convertido en un valor compartido por la mayoría, no se haría de forma que hiciera peligrar la paz sino, más bien, como un seguro para conservarla. En el momento de desaparecer el dictador, la alternativa puramente continuista pareció menos salvaguarda de la paz que un cambio controlado hacia la libertad.

Por lo que respecta al mundo de la oposición o cultura de la alienación, y a pesar de su composición dual –republicanos no asimilados o no re-socializados y jóvenes intelectuales y obreros no ligados a la experiencia de la guerra– puede decirse que también la memoria juega un papel destacado, como lo evidencia la manera en que la propaganda machacona del bando vencedor hace mella en los presupuestos filosóficos y hasta en las formulaciones políticas de los vencidos. Si es posible hablar de una memoria colectiva específica en este sector de la población, con sus propios medios de transmisión, sus propias mitologías y olvidos o, por así decir, su propia economía del recuerdo, no lo es menos que en gran medida el recuerdo de la guerra o, mejor, el dolor de ese recuerdo, es un elemento transversal a las dos culturas políticas. Aunque las memorias biográficas que integran la memoria colectiva²¹ difieran sensiblemente, el tamiz del presente por el que se han decantado, la socialización política y la propaganda franquista son únicas y el efecto de tal abrumadora influencia contribuye a homogeneizar notablemente los relatos resultantes. Aunque sólo fuera porque en los años de la crisis del régimen, se hace perceptible que las referencias al pasado favorecen las tendencias de orden y propician la suspicacia respecto a los cambios venideros. Aunque sólo sea porque el recuerdo de la guerra y la durísima posguerra despierta un acusado conservadurismo y acentúan el desistimiento apolítico.

Esta evidencia impone una especie de carrera por el abandono de las simbologías y motivos más cargados de referencias a la guerra o, incluso, a la República. A largo plazo la necesidad de «superar» las heridas de la guerra se convierte en un eje de la política de oposición como lo demuestra el hecho de que se propusiera oficialmente por el PCE la llamada a la «reconciliación nacional» a partir de 1956. El PCE, sin duda el partido más activo en las duras condiciones de la dictadura, evitó así el aislamiento al que le habría abocado la nueva tolerancia internacional hacia el régimen y no se apeó nunca de esta política, consciente tal vez, de que ofrecía así la cara opuesta al permanente recuerdo de la «victoria» por el régimen. La propuesta de reconciliación se basaba en la suposición –un tanto voluntarista, como habían señalado Claudín y Semprún– de que todos los sectores sociales se veían perjudicados por la dictadura y por tanto podía aspirarse a superar la división de las dos Españas sobre la base de la democracia. Desde el punto de vista discursivo, sin embargo, significaba la aceptación de un tipo de interpretación de la guerra civil que Paloma Aguilar ha llamado «trágica», que reparte por igual las culpas de la barbarie y renuncia, por tanto,

21. Los especialistas han distinguido varios tipos de memoria realmente existentes y activas en el imaginario social: memoria autobiográfica, memoria colectiva, memoria histórica, memoria social, memoria dominante. En realidad la memoria histórica es una abstracción o constructo a partir de la pluralidad de memorias, tanto individuales (biográficas) como colectivas. A su vez la memoria colectiva no es una mera suma de recuerdos individuales, ya que éstos últimos se construyen en buena medida con materiales comunes o tomados del ambiente. Paloma Aguilar, la autora que mejor ha estudiado este asunto en el caso español, clasifica a los teóricos de la memoria en presentistas, que afirman que el pasado es una recreación del presente (Halbwachs, Lowenthal, Lummis, Hobsbawm y Nerone) y taxidermistas, que atribuyen una solidez mucho menos manipulable al peso del pasado en el presente (Schudson y Schwartz). Aguilar, *Memoria y olvido...*, op. cit., págs. 31-60.

22. Curiosamente ni la extraordinaria insistencia del régimen en el relato heroico de la guerra, ni la adopción del paradigma «trágico y fratricida» por la oposición ni, por supuesto, el pacto de silencio en la transición, han aumentado sensiblemente el conocimiento «social» de la guerra. Como ha notado Javier Rodrigo aún se ha profundizado poco en «los vericuetos de la subjetividad, raramente en los de las identidades colectivas, casi nada en la percepción individual y social de la que fue la mayor fractura social de la historia contemporánea de España». J. Rodrigo, «En el limbo de la historia. La memoria de los campos de concentración franquistas, entre el olvido oficial y el uso público» en C. Frocadell, ... [et al.] (eds.), *Usos de la historia y políticas de la memoria*, Zaragoza, PUZ, 2004

23. S. Juliá, *Historias de las dos Españas...*, op. cit., págs. 445 y ss.

24. J. Nieto, *La memoria cinematográfica...*, op. cit., pág. 173.

25. Vid. J. Satrústegui (ed.), *Cuando la transición se hizo posible. El «Contubernio de Munich»*, Madrid, Tecnos, 1993. Excelente trabajo de análisis y recopilación documental.

a las profundidades del análisis histórico.²² Esta visión tuvo tanto éxito que fundamentó la actitud dominante durante la transición de «olvido» del pasado, que se expresaba con la máxima «nunca más». El aplazamiento, por tanto de toda revisión del pasado, no fue una renuncia o traición de la izquierda, sino resultado de una evolución casi inexorable de la memoria que afectaba a la inmensa mayoría y, por ende, a las dos culturas políticas en liza.

LA IDEA ESTRUCTURANTE DE LA RECONCILIACIÓN

Santos Juliá ha explicado muy bien el proceso por el que intelectuales ligados a diversas ramas del catolicismo y el falangismo, evolucionando en los años cincuenta hacia formulaciones mucho menos rígidas, desde lo que él llama el «choque con la realidad» de la miseria y la ruptura del encantamiento propiciada por la explosión universitaria del año 56 y sus secuelas, llegan a compartir no sólo el discurso sino también la práctica de la reconciliación nacional.²³ La ruptura del encantamiento requiere primeramente el desmascaramiento de la nueva retórica legitimadora, el reconocimiento de que la apuesta del régimen por el discurso de la paz, no se traduce en ninguna verdadera superación de su violencia originaria, sino que «el tedio y la violencia se esconden tras la paz y el progreso»,²⁴ ya que la exclusión de los perdedores sigue siendo el verdadero fundamento del sistema. Un proceso de desvelamiento que quedó magníficamente atrapado en películas como *Nueve cartas a Berta* (B. Martín Patino, 1965) y *La caza* (C. Saura, 1965). De la constatación de la falsa paz, a la búsqueda de verdadera reconciliación, entendida como superación del enfrentamiento mediante la libertad y no contra ella.

De la constatación de la falsa paz, a la búsqueda de verdadera reconciliación. Este discurso llegó a ser tan «ambiental» que casi indujo a la Asamblea conjunta de Obispos y Sacerdotes del año 1971 a pedir perdón por su papel en la guerra civil. Pero también se inscribe en esta huida del pasado el cambio generacional operado en el PSOE, con el desplazamiento de la dirección «exterior» del histórico Rodolfo Llopis en agosto de 1972. Antes de que este cambio tuviera lugar, se había dado ya indicios clamorosos de que los primeros interesados en superar el efecto paralizante de la memoria eran los que pugnan por un cambio democrático en el país. El llamado «Contubernio de Munich», que reunió a representantes de la oposición moderada interior y del exilio en junio de 1962, se vivió como un intento de reconciliación hecho al margen del régimen. Y tuvo la virtud de mostrar, de modo práctico, que la memoria de la guerra, no sólo era estructural para el franquismo, como quedó claro con la extremada reacción represiva, sino también un condicionante ineludible de todo proyecto de democratización, como se puso de relieve en los debates que allí tuvieron lugar y los acuerdos alcanzados.²⁵

El proceso de superación de las divisiones producidas durante la guerra en el campo republicano, que pueden calificarse de guerra civil interna, y los desencuentros registrados en la clandestinidad, exigieron más tarde un proceso de negociación en el seno de la oposición cuya resolución –con la creación de la Asamblea de Catalunya, la Junta Democrática, la Plataforma de Convergencia Democrática y, finalmente, la Coordinación Democrática– debe mucho a aquellas políticas de reconciliación o *aggiornamento* tendentes a cancelar el recuerdo de la guerra como fuente de actitudes políticas.

TRANSICIÓN SIN MODELO

Más importante aún que el efecto mencionado en el campo de la oposición, es el que la memoria de la guerra y la exclusión posterior a ella tuvieron sobre el proceso mismo de transición. Aquí se trata de lo que Ignacio Sotelo llamó «el factor oculto que explica lo de otra manera inexplicable»²⁶ o lo que José Carlos Mainer entendía como «patológica perduración de un recuerdo».²⁷ Tal vez el recuerdo en sí no deba considerarse como patológico, pero sí la forma concreta que éste adopta en la España de los setenta que, como ha señalado Carme Molinero, tiene muy presente la memoria de la guerra civil, pero olvida el franquismo y su carga violenta.²⁸ La crítica del franquismo y, sobre todo, la pedagogía sobre la centralidad de la violencia en él, desaparecen de la escena. En gran medida la viveza y magnitud del recuerdo indujo o reforzó sobremanera los comportamientos moderados en la opinión pública, marcando con ello estrechos límites en la elección de opciones o vías por los actores políticos y sociales. La transición no fue un arreglo desde arriba, sino un complejo proceso de cambiantes correlaciones de fuerza, en el que los actores no son sólo elites, sino colectivos y movimientos sociales, que habían asumido mayoritariamente aquel silencio espeso y eran, a su pesar, autores del olvido. Ciudadanos que participaban de ambas culturas políticas, la autoritaria y la democrática, habían interiorizado la necesidad de silencio, aunque en un caso fuera acompañado de un cálculo (no remover el pasado para que no se vea lo oculto) y en el otro una cautela (no remover para que no se repita).

Nancy Bermeo habría llamado a esto «aprendizaje político», entendiéndolo como «proceso mediante el cual la gente modifica sus creencias políticas y estrategias como resultado de crisis severas, frustraciones y cambios radicales en el entorno».²⁹ El aprendizaje sería aquí la firme decisión de todos los actores de evitar los pasos que podrían reproducir o, incluso, tan sólo recordar, la contienda. En realidad, les impuso hasta tal punto la necesidad del pacto que éste se convirtió en un fin en sí mismo, como lo muestra la adopción de la política de consenso en la fase de transición, es decir, una vez que se había procedido a la «desvinculación» del régimen. La desvinculación, de acuerdo con Casanova³⁰ habría tenido lugar durante el primer tramo de la reforma de Suárez que inicia la transformación jurídico-constitucional. Esta fase no es en sí misma, la transición, sino sólo su preparación y se realizó mediante pacto entre las fuerzas del régimen (discusión de la reforma en las Cortes y aprobación en referéndum). La transición, en cambio, requirió la negociación con la oposición cosa que no ocurrirá, en realidad, hasta la primavera de 1977.

Con aquel sinuoso trayecto de pactos y con la presencia obsesiva del recuerdo, no era fácil que el mito fundacional de la nueva democracia se basara en el antifranquismo, como lo había hecho en Italia o Francia. Hubo de asentarse en la reconciliación y en la mitificación del relato mismo de la transición, como un proceso modélico. Esos fueron nuestros mitos y con ellos echó a andar nuestra democracia. Pero la larga renuncia a la pedagogía del pasado nos está pasando ya factura, en la forma de una insidiosa «banalización del franquismo», a cargo de los *think tank* de la derecha española. Una banalización que se traduce no en la exaltación de sus virtudes, sino en la relativización de su carácter violento y totalitario. Una suerte de reivindicación de la «placidez» de la vida

26. I. Sotelo, «Las tres Españas», *op. cit.*, pág. 21. En línea con lo que venimos diciendo, sostiene este autor que la transición estuvo fuertemente condicionada ese factor de recuerdo de la guerra civil.

27. Tuñón de Lara, et. al., *Transición y democracia (1973-1985)*, Barcelona, Labor, 1992. (*Historia de España/ Labor X***), pág. 337.

28. C. Molinero, «¿Memoria de la represión o memoria del franquismo?» en S. Juliá (dir.), *Memoria de la guerra y del franquismo*, Madrid, Taurus, 2006, pág. 240.

29. N. Bermeo, «Democracy and the Lessons...», *art. cit.*, pág. 274.

30. J. Casanova, «Las enseñanzas de la transición democrática en España» en M. Redero San Román (ed.), *La transición a la democracia en España*, Madrid, Marcial Pons, 1994, págs. 15-54. Casanova sigue en este punto el modelo propuesto por Przeworski («The Games of Transition», en Mainwaring, O'Donnell y Valenzuela, *Democratic Consolidation*) aunque sugiriendo algunas modificaciones y, sobre todo, mostrándose en desacuerdo con él en tanto proclama la irrelevancia del problema de la legitimidad en los procesos de transición.

bajo la «paz» del franquismo, como se permitió aquel inefable candidato al Parlamento Europeo. El momento de la «desfranquistización» (si se me permite la cacofonía) de la derecha política no llegará nunca si no lo fuerza la sociedad civil.

Es posible, sin embargo, que estemos madurando y el debate en torno a la Ley de la Memoria Histórica, con sus inconsistencias y graves indecisiones, es un buen índice de ello. Como también lo es que esa ley no venga a cerrar el asunto, sino a abrir cauces para aquella imprescindible pedagogía. También el debate europeo sobre los usos de la historia, que está vacunando a los nuevos europeos contra el olvido de sus responsabilidades históricas, nos alcanza y nos concierne. Es el momento de la dimensión venidera de la memoria, lo que Javier Rodrigo llama «el futuro de la memoria», es decir cómo verán el franquismo los que aún no votan en España. Es posible que haya llegado el momento de revisar aquel mito de la modélica transición y con él la particular combinación de memoria y olvido con que el franquismo nos condiciona aún hoy desde el pasado. ■



Francesc Jarque
Fotografía perteneciente a la serie
«Estampas nacionales» (1970)

